

PREGÓN DE SEMANA SANTA

A cargo de

D. Inocencio Félix Arias Llamas

+ Agrupación musical juvenil

de Cabezo de Torres



Domingo, 1 de marzo de 2020, 12 h.

Teatro Romea, Murcia



Ayuntamiento
de Murcia



MURCIA
UNA CIUDAD
CON ÁNGEL



App Store



Google play

PREGÓN DE SEMANA SANTA
MURCIA 2020

Inocencio Félix Arias Llamas

PREGÓN DE SEMANA SANTA DE MURCIA

1 DE MARZO DE 2020

TEATRO ROMEA

Estoy sinceramente muy honrado de estar aquí. Aprendí pronto que hay que mostrar agradecimiento a las instituciones que te invitan a un acto importante. Sin embargo, mis gracias no son rutinarias. No soy murciano, aunque haya sido generosamente casi adoptado por esta ciudad, y es entonces obligado percatarse de la distinción que me hacen. Además, quizás confieso esto en público por primera vez, tengo desde el fin de los años cincuenta una que-
rencia hacia la Semana Santa y las fiestas de primavera murcianas. Estudiando aquí, quise convencer a mi peña, medio en broma, medio en serio, para que participáramos como pececillos en el Entierro de la sardina recogiendo las perras que nos tirasen para luego dárselas al final a los chavales que correteaban, depositarlas en el cepillo de alguna parroquia o hasta tomarnos un chato. No les pareció correcto y quizás llevaran razón.

Más seriamente, insinué a un par de amigos cofrades que sería estupendo poder participar sin ser murciano en alguna procesión. No recuerdo si mencioné la del Silencio, me impresionaban sus túnicas de color negro y morado, o la de los Coloraos.... quería quizás, para presumir, hacerme una foto delante de la imagen con la túnica recortada, las enaguas, las medias de repizco y las esparteñas que me chiflaban, compré hace años unas que casi nunca me pongo. No pudo tampoco ser. Los reglamentos de las cofradías y hermandades pedían requisitos- mis amigos movían la cabeza con

gesto compungido para consolarme-, requisitos que me inhabilitaban.

El destino y la amabilidad murciana han querido que bastantes años más tarde el Entierro de la Sardina me nombrara Gran pez y este año, cuando el cabildo de cofradías está a punto de cumplir tres cuartos de siglo, se me concede el privilegio de hacer el pregón de los días pasionales. Mis gracias sinceras al Cabildo por esta distinción, tal vez inmerecida, pero ciertamente agradable.

Comenzaré subrayando algo. La Semana Santa, aquí y allí, es, ante todo, un hecho religioso trágico. Puede ser, inevitablemente también lo es, algo que se evoca porque está arraigado en nuestra tradición, en la historia de siglos, contiene entrañables connotaciones familiares por los recuerdos que nos suscita y trae momentos de reunión de padres e hijos; la semana, además, culmina con una fecha de júbilo, Cristo ha resucitado..., pero la conmemoración fundamentalmente está preñada del sufrimiento y de la entrega de Cristo así como los de la Virgen, protagonistas indiscutibles de la historia; la Magdalena, la Verónica, San Pedro, Judas, los dos ladrones, Pilatos y el Berrugo, los sayones, incluso San Juan el discípulo amado, son meros comparsas de este relato trascendental. El meollo del mismo es la angustia, el sufrimiento de los dos protagonistas.

Por eso quiero evocar en mi arranque un asombroso soneto anónimo del siglo XVII que traduce bien el sentir del poeta ante la contemplación de la imagen central de la pasión, la del Cristo Crucificado, es decir el punto crucial de estas fechas:

*“No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera. De San Juan de la Cruz*

Santo Traslado de Miguel Pérez Díaz

La Semana Santa, en mayor o menor medida, es recordada en abundantes partes del mundo cristiano. Se pasa un tanto de puntillas por ella en la mayoría de los países de profesión protestante, en Estados Unidos sólo la fecha del Viernes santo deja de ser laboral, es una jornada de asueto casi rutinaria y recibe, el día que murió Jesús, el curioso nombre de Buen Viernes, imagino que el adjetivo está empleado porque ser una fecha clave de nuestra redención. En los países hispanos en general y en zonas de Oriente que colonizó España estos siete días tienen resonancias más religiosas. Es, sin embargo, en España donde las procesiones están más extendidas en casi todos los rincones de nuestra patria.

En Murcia la conmemoración tiene un carácter claramente peculiar. Hay una participación masiva de la población, la ciudad se transforma y la efervescencia religiosa, el revivir momentos claves de la historia universal y de la fe católica, tiene una mayor duración, 10 días, y un mayor involucramiento directo de los ciudadanos, no sólo de asistentes sino de participantes, 17 procesiones en las que toman parte 15 cofradías: Amparo, Fe, Caridad, Esperanza, Perdón, Rescate, Salud, Sangre, Refugio, Jesús, Misericordia, Servitas, Sepulcro, Yacente y Resucitado.

Que el Viernes Santo por la tarde haya tres que recorren un similar itinerario dice mucho del civismo, del respeto de los cofrades y de los desvelos del Cabildo y las Cofradías para que todo ocurra adecuadamente.

Creo que fue mi madre, almeriense, la que me hizo atisbar desde pequeño las virtudes y la belleza de las procesiones de Semana Santa de Murcia. Vivíamos en un pueblo granadino, Huescar, y en el dormitorio que compartía con mis hermanos mi progenitora había colocado una estampa grande de la Dolorosa de Salzillo que es lo primero que yo veía diariamente al abrir los ojos. (Quizás sería la foto de A. Nicolás).

Cuentan que cuando el director de cine español Luis Buñuel, aragonés, autor de obras laureadas que plantean temas religiosos como “Nazarín” o “Viridiana”, se encontraba en su exilio en Méjico donde se había refugiado después de la guerra civil presencié una discusión entre un nativo que defendía los logros de la Virgen de Guadalupe y un cubano que pregonaba los poderes taumátúrgicos de la de Caridad del Cobre de Cuba. Buñuel que no era practicante, más bien un declarado agnóstico, terció firmemente en la discusión sentenciando: “no se cansen ustedes, para Vírgenes no hay ninguna como la del Pilar, la patrona de Aragón”.

Mi madre, creyente, tácitamente remedó al cineasta. Podía haber escogido la de su tierra, la Virgen del Mar, o la de su marido, donde además residíamos, la granadina de las Angustias pero entronizó en nuestra vivienda la Dolorosa murciana.

Cuando mis padres me trajeron por primera vez a Murcia, no sé si porque mi progenitora estaba obsesionada con que yo estaba muy escuchimizado y quería que me viera un especialista que me abriera el apetito, -uno de mis recuerdos es el de que en el hotel Victoria había nada menos que ascensor, un artefacto que quizás yo no había encontrado ni en los libros y me pega, además, que degusté por primera vez un pastel de carne-, mi madre buscó tiempo para ir a ver su Dolorosa de Salzillo, (¿ había una novena en la iglesia Privativa de Jesús donde estaba?); rezongó un poco cuando mi padre se escabulló diciendo que me iba a llevar al Teatro Circo Villar donde daban un programa estupendo para menores, yo lo preferí, claro, pero ella, emocionada, nos contaría luego que la Virgen era incomparable, una imagen, hermosa, hermosa, que te echabas a rezar nada más verla, que te conmovía al pensar lo que esa mujer había padecido. Es posible que mi madre sintiese una congoja parecida si hubiere visitado despacio a cualquiera de las otras cuatro dolorosas que procesionaban en Semana Santa pero su fijación con la salzillesca persistió. Bastante más tarde, en una conversación distendida pero con un punto de apasionamiento, me comentó quisquillosamente algo sobre lo del manto en la cabeza de la Virgen. ¿Estaba de acuerdo en que lo llevara o la prefería con la cabeza descubierta? No lo sé pero sí que habría paladeado el poema “Saetas” de Juan F. Muñoz Pabón que se puede recitar a cualquiera de nuestras dolorosas, Nuestra Señora de la Cofradía del Perdón, del Calvario o del Santo Sepulcro, o la de las Angustias que conmueve en la tarde del Viernes Santo:

*Dos cosas hay en el mundo
Que no se pueden contar
Las lágrimas de la Virgen
y las arenas del mar.
A Jesús las golondrinas
Las espinas le arrancaban:
¿Quién te arrancará a ti, Madre
las que llevas en el alma?
Dos cositas que te pido
Siquiera por tus dolores:
que llores por mí a Jesús
y que yo mis culpas llore.*

Virgen del Rosario de Andrés Pérez Bernabé

En aquellos tiempos, el Museo Salzillo, por ejemplo, aún no existía, por lo que la Semana Santa resultaba la ocasión ideal para admirar la riqueza religiosa que encierra Murcia en sus iglesias y conventos. Los jóvenes estudiantes, a fines de los cincuenta, íbamos a misa en número considerable los domingos, créanlo, no invento, recuerdo que la de San Bartolomé de las 11 era apreciada porque duraba sólo veintitrés o veinticuatro minutos mientras que la de San Lorenzo se alargaba hasta treinta y cinco, pero, aunque estuviéramos familiarizados con las imágenes que albergaban una u otra, era sólo un pequeño aperitivo para el festín artístico religioso que significaba la contemplación del museo espectacular que constituye el desfile pasional de los Coloraos o de los Salzillos o de otras cofradías. Yo los vi por primera vez, ya universitario, debió ser en 1957, la procesión de Jesús en una soleada mañana

en la Plaza de la Cruz en el emboque de Trapería y la de la Sangre en Frenería, en casa de Antonio Reverte. Aunque mi murcianismo era incipiente, llevaba poco más de un curso en Murcia, pensé que las procesiones de Murcia eran algo hermoso e inusitado, peculiar. Algo, es curioso, que empapaba la ciudad desde hacía siglos.

¿Qué ha cambiado en Murcia en la vida de las personas de las personas que veneraban ya en el siglo XVIII las maravillas de las esculturas que cincelaron Bussy, Salzillo, Roque López o en los afanes diarios de la gente de mi juventud allá por 1958 y la vida de los que ahora, ya en el siglo XXI, procesionan con ellas y con las asimismo elocuentes de Sánchez Lozano, de González Moreno, del autodidacta e innovador Hernández Navarro, de Francisco Liza?

Bastantes cosas.

Aun remontándonos estrictamente cincuenta años atrás, es decir a tiempos en los que ya estábamos en el mundo bastantes de los que acudimos hoy a este teatro, los cambios son enormes. La fotografía de la sociedad murciana es otra. La nueva generación ha crecido casi dos centímetros. La entrañable galera que tomábamos en la estación del Carmen hizo mutis tiempo ha, el coche, los coches existen en todos los hogares y pagamos el taxi con una tarjeta de crédito, algo que no pudo imaginar ni Julio Verne. Incluso el modo de vestir varió. En las mujeres el pantalón ha sustituido arrolladoramente a la falda. Los hombres abandonaron el sombrero y la gorra (en fotografías incluso de los años sesenta se ven a caballeros con sombrero al paso de una procesión), y el luto pasó a mejor vida, ya no se tintan trajes cuando desaparece un ser muy querido. Los títulos universitarios, no siempre de la especialidad pertinente para los tiempos que vivimos, no faltan en ninguna familia. El tabaco ha sido eliminado de los espacios cerrados y los

jóvenes, sobre todo ellas, no tienen que esperar a la semana Santa o las Fiestas de primavera para poder regresar a casa después de las 10 de la noche. Su virtud no parece correr ya peligro.

Murcia ya no emigra. Lo hacía aún en los cincuenta y es sabido que, hace un siglo, nuestro Vicente Medina, poeta y dramaturgo ya de éxito se vio obligado a marchar a Argentina para poder criar a su prole y sus allegados. Murcia, por el contrario, acoge ahora a muchos emigrantes, seres humanos respetables que buscan el sustento en otras tierras como nuestros parientes hicieron antes y después de nuestra guerra civil. Bastantes de los que acogemos, creyentes en nuestra fe, no olvidemos que nosotros se la inculcamos, ven en nuestra Vírgenes una similitud con la ecuatoriana Virgen del Quinche o con la boliviana Nuestra señora de Copacabana. Más de uno de ellos observa con delectación y un no sé qué de nostalgia nuestras procesiones de Semana Santa e intuyo, que como yo cuando era mozalbete, que el cuerpo y el corazón le pide integrarse en alguna de ellas.

Hay otros aspectos, sin embargo, que no cambian. Los murcianos siguen siendo personas hospitalarias, cabales, sencillas, nada petulantes. Nadie de esta tierra se atrevería a presumir de que Cervantes había nacido en el barrio del Carmen, Colón, aunque le demos una avenida, en la torturada Manga del Mar menor y Santa Teresa de Jesús en Monteagudo. Sería tenido por necio.

Murcia, que viene siendo ninguneada intermitentemente por los gobiernos de la nación, pensemos en el transvase, el ave, el Mar menor, y hasta en su incomprensible y patética exclusión de ayudas por catástrofes de la naturaleza, continua teniendo sed. Calmarla es vital. Ya el citado archenero Medina, inmerso en su fatalismo, abordaba el tema del agua en sus poemas capitales, “Murria”, “La cansera” y se explayaba apesadumbradamente en el de “La sequía”:

*Ni que a Dios se lo pidas,
Ni por más que suspires ni que ruegues;
Tómalo con paciencia y no te canses
Que, ya lo ves, no llueve
Ni una gotica de agua, tan siquiera,
Que tanto mal consuele.
Te pués esengañar, que naica alantas:
No suspires, ni ruegues;
Y, si no quiés venirte de vacío,
Ya lo sabes, no vayas a la fuente,
Que tié la sierra las entrañas secas
¡lo mesmo que las tién algunas gentes ;*

**Tríosónata en sol mayor BWV 1039 para 2 flautas y
continuo de Johann Sebastian Bach**

En esa desaparición de hábitos, costumbres, comportamientos no está incluida la Semana Santa de Murcia. Ha habido cambios, en estas jornadas la música festiva, “alegre” se esfumaba en Radio Murcia y Radio Juventud en la que Adolfo Fernández movilizaría el buen corazón de los murcianos cuando las inundaciones valencianas, la voz de Sara Montiel en el cine Rex, enmudecía aunque “El último cuplé” estuviese reventando la taquilla.. Otro tanto ocurría en el Iniesta con Antonio Molina y en el Coliseum del Barrio de Carmen o en el Gran vía junto a la cárcel; Rock Hudson, Elizabeth Taylor, Frank Sinatra o Esther Williams dejaban momentáneamente de gimotear, flirtear, cantar o nadar. Los cines bajaban la persianas en las fechas santas y en este venerable coliseo, añorado para los que hemos vivido en Murcia-yo fui

apuntador del Teatro Universitario de Murcia y pasé momentos de estupendo nerviosismo cuando, metido en la concha en la boca de este escenario, el telón estaba a punto de levantarse de la obra con la que el murciano de Jabonerías Ángel Fernández Montesinos nos hizo campeones de España- en este teatro se suspendían las funciones y sólo se representaba, dos o tres veces al día, la Pasión de Cristo de la Compañía de Enrique Rambal.

Esto, con todo, es anecdótico. La Semana santa ha mutado, ciertamente, pero globalmente para bien. Ha crecido con pujanza y se ha enriquecido. Las mujeres afortunadamente se han incorporado de modo considerable aunque aún no se si ya pueden arrimar el hombro en los tronos. Ha pasado, como he indicado, de 5 co-fradías a 15.

El primer repunte procesional vino terminada la penosa guerra civil que padecimos. Como escribe Antonio Zambudio citando a Cristina Gutiérrez Cortines, concluida la contienda hubo una considerable demanda de imágenes y conmemoraciones religiosas, que sería alentada por el régimen político, pero que provenía fundamentalmente de una ciudadanía que ansiaba sinceramente reponer las imágenes que uno de los bandos había destruido de 1936 a 1939.

La destrucción trajo una “herida muy profunda a nivel íntimo y colectivo”. En Murcia fue ciertamente así porque la barbarie se ensañó con un número espeluznante de iglesias en nuestra capital; según González Martínez, 7 templos y conventos, entre otros la Iglesia de San Antolín y su imponente Virgen de la Soledad, fueron arrasados, derribados por completo y otras 23 edificaciones religiosas resultaron parcialmente dañadas. La cifra de imágenes religiosas desaparecidas también es espeluznante, 139 entre ellas muchas reconocidas obras de arte, Salzillos, Bussis, etc..

Esto explica la poderosa resurrección de la práctica religiosa en los años cuarenta. El penoso recuerdo me lleva a apuntar que sería deseable que en cualquier catálogo de memoria histórica que recopile cualquier gobierno de España, en la legislación que se elabore no tenga el lunar de olvidar estos hechos y cifras impactantes. La memoria histórica, si se resucita, con todas sus consecuencias, buenas y, por supuesto, malas, es la de todos. No caben partidismos.

Este rebrote de fervor religioso e histórico aportó el nacimiento de la Cofradía del Refugio en 1943, la del Rescate en 1947 y la de la Archicofradía del Resucitado. Pensemos en la imagen de la Virgen de la Soledad de Sánchez Lozano que procesionó por primera vez en 1943 y la de Salzillo en la Cofradía de los Servitas que fue esculpida justamente 201 años antes por el genial murciano. El arte y la fe son los mismos y son evocados en el poema de Gerardo Diego:

He aquí helados, cristalinos

sobre el virginal regazo

muertos ya para el abrazo

aquellos miembros divinos

Huyeron los asesinos

Que soledad sin colores.

Oh, Madre mía no llores.

La llaman desde aquel día

la virgen de los dolores.

¿Quien fue el escultor que pudo

dar morbidez al marfil?

¿Quien apuró su buril

en el prodigio desnudo?

*Yo, Madre mía, fui el rudo
artífice, el profano
que modelé con mi mano
ese triunfo de la muerte
sobre el cual tu piedad vierte
cálidas perlas en vano.*

**Sarabande de la Suite n.º 1 en sol mayor para violon-
chelo BWV 1007 de Johann Sebastian Bach**

Resulta, en consecuencia, que las procesiones no eran reaccionarias, como decían algunos en otras latitudes, ni un invento del franquismo. (Tampoco lo es la fiesta del 12 de Octubre que fue instaurada por un presidente de la Argentina). Iniciados los cuarenta las autoridades murcianas concedieron una subvención de 1.000 pesetas a cada una de las cuatro cofradías existentes pero la cantidad no era para tirar cohetes, palidecía con lo destinado a celebraciones cívicas, batalla de flores, entierro de la sardina, verbenas etc. Las procesiones existían mucho antes, hubo una, documentada, al producirse la toma de la ciudad a los moros en 1266, un par de cofradías brotaron hace siglos y varias otras y procesiones han nacido en las postrimerías del franquismo y después del mismo. Murcia, como apunta Carlos Valcárcel, es una ciudad eminentemente pasionaria, por geografía, por esencia y por historia. Hay Cofradías, el Amparo (1985), la Fe (1999), la Caridad (1993), la del Yacente (1986) que han sido creadas después de la aprobación de la Constitución, en pleno disfrute de la democracia.

Es curioso, empero, que este florecimiento vaya paralelo a una disminución en la vida diaria de la religiosidad en sentido es-

tricto. Espectacularmente para un creyente. Las primeras comuniones han pasado a menudo ya a ser un acto social, pomposo, en detrimento de un momento que contiene un sentido profundamente religioso, revolucionario por lo trascendente.

Los sacramentos no están de moda; las confirmaciones han pasado a mejor vida, hay escasas colas en los confesionarios incluso en época de Cuaresma y las vocaciones religiosas y sacerdotales se han encogido masivamente, si lo comparamos a los años cincuenta en que llegué a Murcia y no digamos a la época de Salzillo: el genial imaginero había profesado y volvió a la vida civil para mantener el taller de su padre fallecido prematuramente y Bussi terminó sus días en un convento. Vemos así en nuestros días sacerdotes que cubren tres pueblos, cuando en nuestra juventud la proporción era justamente la contraria, cada parroquia contaba con tres curas. Otros índices de práctica religiosa se han desplomado abrumadoramente: proliferan las uniones de hecho, sólo 23% de los españoles, en Murcia debe ser parecido, contraen matrimonio religioso. Es decir, menos de 1 de cada 4. Nuestros padres, los de mi generación lo encontrarían más sorprendente incluso que la existencia del móvil o la de Internet.

Marcha fúnebre de Frederic Chopin

Hay peculiaridades y paradojas en la Semana Santa murciana, los muy diferentes atuendos, la marcha no acompañada de los pasos, la “sená” repleta, con caramelos, huevos duros, en ciertos cofrades, la interacción con los espectadores, la degustación de pasteles de carne, licencia en que en otras latitudes sería vista con asombro... Menos sorpresas tiene la representación de Jesús de cuya vida dan cumplida cuenta, a veces con considerable detalle, los Evangelios. Hay, sin embargo, más misterios en el relato de la historia de la Virgen. Es contada en las fechas de la Pasión y por

eso la vemos abundantemente en las procesiones. Pero los evangelios nos relatan determinados momentos de su existencia pero guardan silencio sobre una buena parte de su vida. Sabemos que la Virgen era:

a) Valiente.

Cuando el arcángel San Gabriel, el que emerge en la noche del Viernes Santo, le anuncia que concebirá sin ayuda de varón asiente sin vacilar: “he aquí la esclava del señor”. Es valiente aceptando quedar embarazada puesto que solo estaba prometida a José pero no casada aún. Las comidillas, las lenguas debieron desatarse en esa edad antigua al ver su embarazo. Lo es cuando no vacila en huir a Egipto cuando Herodes decreta su infanticidio. La familia, como tantos que huyen de una guerra, emigra desvalida, con una mano delante y otras atrás.

Lo recuerda Juan de Ibarbourou en el poema el burrito blando:

*Borriquillo blando de la Virgen María
manso borriquillo que llevó a Jesús
con su madre santa, que al Egipto huía,
una noche negra, sin astros ni luz.
¡Lindo borriquito de luciente lomo!*

*Hasta el niño te venera ya,
Y dice, mirando tu imagen en cromo:
“¿Es el de la Virgen que hacia Egipto va?”
¡Dulce borriquito, todo mansedumbre:*

*nunca a tus pupilas asomó el vislumbre
más fugaz y leve del orgullo atroz;*

*y eso que una noche, sin luna ni estrella,
por largos caminos dejaste tus huellas,
llevando la carga sagrada de Dios!*

Andante del Concierto para clarinete Kv. 622 de Wolfgang Amadeus Mozart

b) La Virgen es solidaria y diplomática.

El episodio de las bodas de Canáa es ilustrativo a este respecto. Al ver que falta el vino, le apena la situación en la que se encuentran los novios. Se acerca a Jesús que da a entender que no ha llegado su hora. No insiste pero dice a los criados que hagan lo que indique su hijo. Jesús realiza el milagro conocido. La Virgen aparece como caritativa y muestra un envidiable tacto.

Estos hechos son narrados pero hay otros muchos que desconocemos de la Virgen. Imaginamos que no era analfabeta, siendo hija única y de familia religiosa debía saber leer y escribir pero desconocemos si tenía amigos íntimos aparte de su prima, tampoco conocemos cuando enviudó debiendo enfrentarse sola al drama de la pasión de su hijo. Ignoramos si se dio cuenta de que precipitando el milagro de los panes y los peces iba a acelerar la entrada de su hijo en la vida pública e inexorablemente a acercar el de su sufrimiento y desaparición de la tierra. Es decir, iba a acelerar los acontecimientos trágicos de la semana que vivimos.

Esa en la que el Prendimiento o la Flagelación del Lunes, Nuestro Padre Jesús del Martes, el Pretorio del Miércoles, el Cristo del Refugio del Jueves traen al alma del creyente la reflexión del poema de Alberti:

*¡Ay que amargura de piedra
por las calles encharcadas!
Nadie la ayuda un poquito,
Todos le empujan.
¡Que se desangra!
Ya se ha quedado sin hombros,
Partido lleva el aliento,
Las rodillas desgarradas.
Nadie le ayuda un poquito,
Todos lo empujan.
¡Que se desangra!
Tan sólo las tres Marías, llorando por las murallas.*

La Madrugá de Abel Moreno

No se ha alterado mucho el itinerario de los desfiles procesionales de las cofradías antiguas y de las que han nacido recientemente. El contornear o abrazar la Catedral es usual, a diferencia de otras ciudades como Sevilla o Córdoba en que las procesiones la atraviesan, la Trapería es, con una única excepción, paso obligado de todos los cortejos mientras que la Platería es postergada, olvidada. Sólo una procesión recorre cicateramente un pequeño tramo de la misma. Hasta las que arrancan de la vecina iglesia de San Bartolomé, la esquivan, le hacen un regate apresurado mientras la cruzan apresuradamente. En Trapería, La Alegría de la Huerta, Fotos López, Monerris, La Covachuela, Mi Bar, la pastelería Guillén han visto antes de morir como las imágenes sagradas, pasaban año tras año delante de sus puertas y balcones. En Platería, Flo-mar, el venerado Bazar murciano, los finos comestibles Pedreño,

la papelería Nogués, hasta las pastillas de café con leche de Alonso tan pregonadas en la vieja Condomina, en la estación del Carmen y hasta en la Semana Santa, todos ellos han perecido sin poderse despedir de las benditas imágenes. No las veían. A veces pienso que a diferencia de los dátiles que van en nuestra procesión para ser repartidos porque según la tradición ayudan a la fertilidad de nuestras mujeres, habría que repartir más en épocas como la actual en que las parejas parecen reacias a procrear, la calle Platería tiene una maldición como la de las mulas condenadas a ser estériles porque según la tradición derribaron a María en el primer tramo de la Huida a Egipto. ¿Cuál es la maldición de la Platería? ¿Trozaron varios tronos en el siglo XIX en las entonces llamadas Cuatro esquinas. ¿Huyeron finalmente por ella, satanizándola, los caballos desbocados que hubo de contener San Vicente Ferrer en su sermón en 1411-“son el demonio, que está siempre al acecho”, dijo el santo dominico, de cuyo sermón nacería la procesión de los Coloraos?

La constancia, la persistencia, el entusiasmo de los murcianos en el fluir puntual de las procesiones me recuerda el inmortal verso de Quevedo del que se ha querido apropiar algún escritor inglés. El poeta, después de comprobar que la mayoría de las edificaciones sólidas de Roma han perecido totalmente mientras que río Tíber sigue discurriendo impertérrito escribe:

Solo el Tíber quedó, cuya corriente,

si ciudad la regó, ya, sepultura

la llora con funesto son doliente.

¡Oh Roma, en tu grandeza, en tu hermosura,

huyó lo que era firme, y solamente

lo fugitivo permanece y dura.

En un día de Resurrección, al paso gozoso de la Ascensión del Señor o la de la Virgen gloriosa me vino a la cabeza, recordando el poema de Quevedo, que la imagen de lo que se va, de lo sólido que desaparece y lo que en realidad se queda aunque parezca fugitivo y pasajero, es un poco el reflejo de la querida Murcia. La añorada Alegría de la Huerta, el Siglo, el Gobierno Civil de Santo Domingo, la confitería Alonso, la casa de la Calle de la Fuensanta en la que hice la carrera de derecho y que después derribaría la piqueta para hacer surgir la plazoleta Jaime Capmany, lugar, por cierto, impropio, por lo modesto, para un escritor de su talento... , todo eso, más el hotel Victoria, la Aduana, la tienda de discos Ritmo...ha desaparecido.... Mientras que las procesiones de Semana Santa fluyen regularmente y con arrobo por el cauce de la Trapería, Santo Domingo, el Romea, Belluga, los soportales....

Las procesiones, pues, PERMANECEN y DURAN desde hace siglos porque están arropadas, envueltas, mimadas, abonadas y cultivadas misteriosamente por el cariño y fervor de miles y miles de murcianos, de la cantada huerta y de la ciudad.

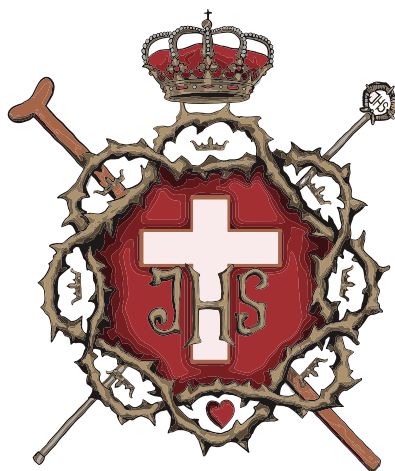
Luz Divina de Jaime Texidor

No quiero terminar sin tener un recuerdo para tres amigos y compañeros que ya no están aquí, el irrepetible Tono Reverte, el culto Francisco Flores y el hábil abogado Manolo Ramos. Si los encuentro en el más allá, ojalá, creo que los saludaría raudamente preguntando: “mucho paraíso, mucho paraíso, ¿pero hay aquí pasteles de Bonache?, ¿coméis “perdices” lechugas de la huerta?, ¿hay terrazas agradables como en Murcia?, ¿te puedes ir a la calle cuando te apetece como hacemos allí?”

Y a mi madre, que me miraría oronda, no por haber sido yo, después de su muerte, Embajador en la Onu sino pregonero de la Semana Santa de Murcia, le espetaría: “Mamá, sácame de dudas de una vez, ¿la Virgen de Murcia debe ir con la cabeza descubierta o tapada?”

Nuestro Padre Jesús de Emilio Cebrián

**Durante la lectura de este pregón ha actuado la
BANDA SINFÓNICA DE LA AGRUPACIÓN MUSICAL
JUVENIL DE CABEZO DE TORRES, dirigida por Don
Andrés Pérez Bernabé**



Real y Muy Ilustre
Cabildo Superior de Cofradías
de Murcia